



Todos los adagios son generalmente aceptados como verdaderos apotegmas y es costumbre, cuando se quiere exponer algo que a fuer de sencillo resulta vulgar, recurrir a sentencioso proverbio.

Así, para significar algo interminable, decimos «Es más largo que la esperanza de un pobre».

Pero en este mundo no hay nada tan inconsistente como las verdades que por su origen remoto son consideradas como axiomáticas.

Muchos de los refranes con que Sancho Panza quería envolver a su señor, están en boga todavía; pero el tiempo, y la experiencia, que es

un pozo de sabiduría, el templo del arte, la cuna de la ciencia, la antorcha de la civilización, etc., etc.

Cada nación, al decir de sus nacionales, precede a las demás en la sonda del progreso, las supera en arte, ciencia, cultura; es más grande, noble, gloriosa y muchas cosas más.

Inglatera, «for ever», perdurará siempre; «Dios protege a Francia», según rezan las monedas; Alemania está «uber alles», es decir, encima de todas las demás naciones, y todas las demás tienen lemas tan orgullosos.

Lo cual engendra un dulce escepticismo en el hombre que ha visto el mundo y que algo piensa.

En lo que concierne a España, todos los españoles no entonan el mismo hosanna que el amigo Florisel, como lo demuestran las siguientes citaciones.

Ramón de Torre Isunza, en su libro «La Verdad a S. M. el Rey» (1902), habla de España como de una «nación que murió» y no es sino una «sociedad corrompida con un régimen político corrompido».

«Somos muy poco alejados, dice, de un estado de verdadera barbarie, apenas modificado exteriormente por la imitación de costumbres extranjeras».

En *El Correo*, de febrero de 1901, se lee: «Todo es podrido en nuestra infortunada patria. Ni tiene gobierno, ni cuerpo electoral, ni ejército, ni armada, ni verdaderos partidos políticos. Todo es en ella (España) ficción, decadencia, ruina».

El mismo periódico dice en abril

la madre de la ciencia, han quebrantado ya gran parte de las sentencias que debido a la rutina del vulgo habían llegado a la categoría de artículos de fe.

Las revoluciones de todas épocas se han distinguido por su espíritu demoledor, y su piqueta atacó siempre con preferencia las afirmaciones momificadas.

Muchos de los supersticiosos aforismas cedieron al embate de las nuevas concepciones populares, y actualmente asistimos al entierro de una de estas frases hechas.

Los que antes no poseían más caudal que la esperanza, comprendieron que de ellos dependía el cambio de suerte que deseaban, puesto que además de ser mayoría, eran los más aptos, y despojándose un día de la apatía que los tuvo encadenados por tantos siglos al carro de su infortunio, consiguieron, haciendo un pequeño esfuerzo, que se trocaran los papeles.

Y ahora vemos que los productores de la riqueza colectiva ya no esperan, sino que a gran prisa ejecutan, encomendando a su actividad la realización de sus deseos.

En cambio los eternos privilegiados sufren ahora continuos engaños que son, a no dudarlo, el preludio del final de su reinado.

Pero encariñados con la idea de que sus goces debían ser eternos, no pueden conformarse con su derrota, y así vemos que después de cada nuevo descalabro, cuidan con más ardor sus ilusiones.

Y cegados por sus ansias de predominio, no cabe en su cacumen la posibilidad de un mundo sin prerrogativas para nadie.

Por eso creemos que el antiguo refrán ha muerto y de hoy en adelante en vez de decir «más largo que la esperanza de un pobre», todo el mundo dirá «inagotable como el afán de un potentado».

La revolución ha estado asestando a los enemigos del pueblo golpe tras golpe, y ellos, empeñados en no darse nunca por vencidos, recurren a todos los medios para defenderse, pero tan torpemente, que aunque los jesuitas les hayan dicho

que sus consejos son de resultado infalible, nosotros, menos apasionados, les auguramos que lo único que conseguirán será sumirse cada vez más en el lodazal de sus desprestigios.

Si no fueran tan profundamente nescientes, ya se habrían dado cuenta de que la restauración por ellos ansiada, es completamente irrealizable, pues se necesita tener una buena dosis de necedad para creer que mientras el progreso avanza en todas partes, aquí tengamos que permanecer estacionados sólo por que así conviene a los intereses de la clase parasitaria.

Pero ellos se han propuesto batir el récord de la estulticia y poseen para lograr sus propósitos la terquedad del asno.

No se crea que al hacerles estas advertencias es nuestra intención disuadirlos de que vayan por mal camino, pues a nosotros nos interesa que sigan por él para que se estrelen cuanto antes, que es lo que sinceramente deseamos y todos nuestros esfuerzos tenderán a ayudarlos en tan provechosa tarea.

Además, sería mucha pretensión de parte nuestra intentar apear de su burro a un reaccionario, pues esto sería para nosotros más difícil que domesticar una ostra.

No sean tan descontentadizos, y confórmense con la relativa satisfacción que les proporcionan los rumores que sus correligionarios más ingeniosos inventan y hacen circular con misteriosos aspavientos, mientras las falanges libertarias los echan de sus últimos reductos.

Sigan soñando en la dulce satisfacción del desquite que no han de conseguir y tengan la seguridad de que los acompañamos en el sentimiento.

Como única gracia que nos es dable conferirles, seguiremos respetando sus derechos y no les impediremos que hagan uso del supremo recurso de los vencidos.

Reconocemos que sería injusto no concederles el derecho al pataleo.

JUAN TURIÓ.